

# La canción

C. R. Villanueva



Image not found.

## Capítulo 1

Cuando me monté en el metro, apenas podía moverme. Noté la tensión sobre mi espalda con la que se sujetaba una chica a mi lado. Cuando giró ella cayó con todo su peso sobre mí. Posó sus ojos negros sobre mi tratando de disculparse. Sonreí restándole importancia.

Miré el reloj. Cómo se me había ido de las manos tanto. Iba a llegar tarde a la cita con la discográfica. La canción que tenía que terminar y que odiaba me había absorbido el tiempo, pensé amargamente.

En Nuevos Ministerios el vagón quedó desierto. Un puñado de personas se dirigían a lugares más alejados y estaban dispuestos a compartir unos minutos de sus vidas con unos desconocidos. El silencio se hizo en el vagón. Me senté junto a un hombre que dormitaba con la cabeza apoyada en el cristal en una posición casi imposible. Fue cuando el vagón giró bruscamente mostrándome a los viajeros del otro, y allí estaba.

Era preciosa. Tenía una figura irregular pero aún así su tez pálida y su pelo rojizo cortado a la altura de las mejillas le daban un aspecto irreal. Sonrió ante las letras impresas que estaba leyendo dejando que sus labios rosados se curvaron formando una figura preciosa.

La observé atentamente, intentando grabarla en mi mente. De pronto las notas aparecieron. Allí estaban. Rebusqué nervioso en la mochila para sacar la libreta y como poseído comencé a escribir de forma compulsiva. La megafonía anunció mi parada. Eché la vista atrás en cuanto se paró. No podía dejarlo a medias, no. Por lo que cerrando los ojos dejé que el tren retomara su camino.

Iba a llegar demasiado tarde, no me lo iban a permitir, pero estaba convencido de que sería menos si iba con esa canción que estaba creando.

Cuando levanté la vista de nuevo, fui consciente, estábamos llegando al final de la línea, bueno más bien al cambio de vagón, no entendía muy bien eso, pero era lo que decían por megafonía. Los viajeros se pusieron de pie a la espera de que frenara. Me percaté de que ella no estaba, habría bajado en otra parada anterior, entristecido, salí.

Caminé hasta llegar al andén contrario para volver a mi destino. La sonrisa no se iba de mi rostro. Apretaba la libreta con ambas manos sabiendo lo valioso que era lo que allí guardaba.

El metro apareció ruidoso y trayendo consigo olores de las cloacas cercanas. Aparté la cara de su trayectoria para evitar que el aire caliente y

putrefacto barrera la felicidad de la que era partícipe.

Me encantaba esa línea, pensé nada más entrar. Era todo uno, los vagones no estaban divididos y podía observar a todos los pasajeros. Centré mi mirada en un hombre dos vagones más allá de donde me encontraba sentado. Era de mediana edad y llevaba la ropa algo arrugada. En su cara se adivinaba que no había tenido un buen día. Miraba distraídamente y tenía los brazos colgando a ambos lados, como un muñeco de trapo.

En la siguiente parada un grupo de jóvenes entró armando jaleo y empujaron al hombre que no se había inmutado.

Percibí el cambio. Su expresión se tornó fiera. Una ira profunda y maléfica apareció en los ojos antes apagados y sin vida. Sentí un escalofrío. Aquello no iba a acabar bien. Aparté la mirada. No ocurrió nada. Me extrañó por la expresión de la cara del hombre, ahora parecía algo más nervioso, no paraba de mirar demasiado cerca el reloj de pulsera plateado que llevaba en la muñeca derecha.

Sentí de nuevo una vibración en el muslo. Saqué el iPhone. Era Daniel. Rechacé la llamada y mandé un mensaje.

“Tengo la mejor canción que he escrito y me pasé la parada. Estoy llegando”

Levanté la vista justo cuando las puertas se abrían y el hombre agachado tocaba la mochila que llevaba entre las piernas.

## Capítulo 2

Daniel sintió el mensaje y sacó el móvil. Era Martín.

-Está al llegar-comentó algo cohibido en aquella gigantesca mesa donde estaban sentados.

Carlos, su compañero tomó un vaso de agua y bebió al dejarlo sobre la mesa sintió una pequeña vibración. Fue casi imperceptible, pero le había dado la sensación de escuchar un sonido y que todo se había movido ligeramente. Desechó la idea y se concentró en el grupo de personas que estaba allí para forjar su nuevo futuro. Sonrió satisfecho.

Llamaron a la puerta y antes de que la hicieran pasar la secretaria entró como un ciclón. Tenía la cara roja y los ojos llorosos.

-El metro... ha sido en el metro-logró pronunciar antes de derrumbarse en una de las sillas.

Todos se la quedaron mirando sin saber qué hacer. Ella comenzó a llorar escandalosamente.

Daniel que tenía el móvil en la mano abrió Twitter.

Miles de comentarios, fotografías; poblaban su *timeline*. *Hashtag* como *#AccidenteEnMadrid* *#Metro* le dieron la pista de lo que podía haber sucedido. Su primer pensamiento fue en Martín. Tocó su nombre y un silencio precedió a la grabación: Las líneas están colapsadas inténtelo más tarde.

Todos y cada uno de los allí presentes sacaron sus smartphones y comenzaron a avisar y a comprobar que nadie de sus seres queridos había sufrido aquel terrible accidente en el metro.

Encendieron el televisor de la sala de juntas. En todas y en cada una de las cadenas habían interrumpido su programación. Imágenes de pasajeros en los andenes y de personas de los servicios médicos poblaban sus pantallas.

Las informaciones llegaban a cuentagotas y cada vez se decía una teoría diferente. Carlos miró de reojo a Daniel que no paraba de revisar Twitter y que comenzó a mandar mensajes tan rápido que apenas se veían sus dedos.

El silencio invadió la sala, el murmullo de los corresponsales y de los tertulianos se quedó de fondo cuando la sospecha o más bien la

aceptación llegó a todos.

-Martín venía en esa línea-comentó el manager cuando salieron imágenes de la línea y de la estación antes del accidente.

El jarro de agua fría llegó cuando la policía y los responsables de Metro Madrid comentaron que no había sido un accidente, sino provocado.

El convoy había quedado destrozado. Conectaron con el corresponsal en la estación. Habían montado un hospital de campaña en la salida de la estación del metro. Nada más ver las imágenes todos se levantaron de sus asientos para asomarse y comprobar que el lugar estaba a unos cuantos metros de donde se encontraban ellos.

Daniel y Carlos salieron corriendo seguidos por el resto.

En momentos de crisis y tragedias, se ponen de manifiesto las dos caras del ser humano, la cara más cruel que es capaz de llevarse vidas por delante y la cara más solidaria que es capaz de dar la vida por la de otros.

-----

Todos se juntaron para despedirlo. Su familia estaba destrozada. No se podría perdonar que cuando todo sucedió no le habían apoyado. Tomar decisiones conlleva responsabilidades y no siempre son las que deseamos.

Carlos y Daniel permanecían sentados. Dentro de ellos sabían que no podrían continuar, la banda eran los tres, pero su alma había desaparecido.

El ataúd permanecía abierto, repleto de objetos importantes para Martín, aún así se sentía vacío sin su dueño. Su madre lloriqueaba casi sin fuerzas abrazada al que había sido el mayor instigador de su hijo, un padre férreo que ahora tenía los ojos hinchados.

El silencio era insoportable. Susurros de condolencia lo interrumpía aliviando la tensión y el profundo dolor.

Daniel no pudo soportarlo más y salió a la calle. Allí se agolpaban personas diversas a la espera de poder darles el pésame. Habían intentado que no se supiese donde era el velatorio pero con los medios actuales era difícil. Dos hombres estaban discutiendo con una mujer que intentaba por todos los medios traspasar la valla.

-No esta en la lista, no puede pasar-oyó que le decía uno de los de

seguridad.

-Tengo que darle una cosa a la familia-repetía ella una y otra vez.

-La familia le agradece sus condolencias, pero para darle cosas ya hemos puesto antes allí un lugar para ello-añadió el otro segurata señalando una especie de altar macabro con flores, mensajes y peluches.

-Esto es más personal-se quejó la mujer.

Rebuscó en su bolso y sacó una libreta moleskine negra algo deteriorada.

Daniel cuando la vio echó a correr. Pues uno de los guardas se disponía a tirarla con el resto de objetos.

-¡No!-gritó para llamar la atención.

Todos se fijaron en él cuando le arrebató la libreta.

Era su libreta.